

PARA UN REPLANTEAMIENTO PEDAGOGICO GLOBAL DEL BINOMIO LECTURA — ESCRITURA

Víctor Valembois

1.— Punto de partida: pobreza del enfoque filológico tradicional.

Me parece válida la reflexión de Aldo Pellegrini quien afirma que "cuando alguien intenta aproximarse al campo de las ideas vigentes con espíritu esclarecedor, debe plantearse el problema de si su aporte no contribuirá en última instancia a hacer todavía más densa la confusión"¹.

A fuerza de repetición y repetición, de enfoque distorsionado sobre enfoque distorsionado, con el problema de la (mala) ortografía, se ha llegado a una "idea vigente", a mi modo de ver, tan falsa como efectiva: hemos aislado el asunto de su contexto, en la creencia de que así, los filólogos, nosotros "especialistas" lo podremos atacar mejor. La consecuencia es que, en la práctica, la enfermedad no se ha curado, creo que ni siquiera se ha detectado en sus reales dimensiones.

En definitiva, el aislamiento en que hemos cernido el problema obedece a una típica reducción ideológica de la que no somos culpables, quizá en primer lugar, los que nos decimos especialistas en la lengua: al fijar la mirada en una parte, nos hemos olvidado de la totalidad, o por lo menos de la relación de "lo nuestro" con el conjunto o situaciones que interfieren en la sociedad. Hay filólogos que tienen que liberarse todavía de la herencia positivista que restringió demasiado su objeto de estudio. El riesgo es evidente. Se pierde de vista que los cambios fonéticos, léxicos, semánticos y sintácticos, si bien es cierto, tienen su peculiaridad en sí, tienen su explicación en la sociedad que les da su razón de ser. El filólogo debe tener conciencia, hoy en día, de los aportes de otras ciencias, como en este caso, la Historia y la Sociología entre otros.

De la misma manera, resulta peligroso entocar (o sea, estudiar y enseñar) el tópico del anglicismo sin tener en cuenta lo que ya en 1492 señaló Antonio de Nebrija: a saber que "la lengua siempre fue compañera del imperio". De este modo, por ejemplo, la invasión del anglicismo no se puede considerar fuera del contexto de nuestra dependencia económica, fundamentalmente del mercado y de la estructura de mercado norteamericanos. Aquí también, aislar se convierte en arma "científica" de doble filo: puede que se profundice más en los efectos distorsionantes en el sistema lingüístico "español", pero se puede perder la perspectiva.

Concretamente, así es fácil olvidar que no hay efecto sin causa y que para eliminar el efecto, hay que eliminar la causa. En este caso conviene también que el filólogo se acuerde del sistema económico que lo determina hasta en las entrañas mismas de su vehículo expresivo.

Los ejemplos podrían ampliarse: se ha estudiado ya de alguna manera, aunque no suficientemente todavía, cómo la lengua va cambiando por efecto de su uso en el contexto de la publicidad, articulada y no-articulada; cómo los medios todos, imponen a la lengua cambios sustanciales a todo nivel; cómo la tecnología de las llamadas "ciencias exactas" invade cada vez más otras zonas identificadas como "ciencias humanas" (como si las ciencias exactas fueran menos humanas y como si las ciencias humanas no tuvieran su tipo de exactitud). También los estudios de lengua y de literatura se resienten de esta excesiva compartimentalización del conocimiento, dentro de la mentalidad únicamente analítica que heredamos de la universidad napoleónica.

Es desde esta perspectiva integracionista que hay que abordar con mayor corrección y eficacia el tan gastado problema de la "ortografía". El asunto se debate entre dos vertientes: por una parte, una creciente indiferencia de muchos alumnos, profesores y usuarios en general, de la letra escrita y, por otro, el clamor en el desierto de algunos quijotes que a base de una mentalidad preceptiva confían que lograrán salvarnos del apocalipsis de la "cacografía". Es aquí donde la filología nuevamente puede fallar si el "especialista" no ve más allá de su "especialidad".

2.— Nuestra expresividad verbal puesta en contexto

Con un enfoque únicamente "filológico" el problema de la ortografía nos lleva a un callejón sin salida. Para los efectos pertinentes, la semiología puede dar a una "filología" entendida en sentido demasiado estrecho, un nuevo soplo vital, de la misma manera que la ecología está dando una nueva dimensión a la química, a la biología, la física y otras ciencias, delineadas en forma aislada.

Conviene observar la conducta sónica en general del costarricense, *dentro* de la cual, su expresión gráfica poco correcta no es sino un aspecto. Mucho se ha hablado y escrito ya, por ejemplo, acerca de la pobreza del tico en sus manifestaciones verbales. Se señala generalmente la pobreza cuantitativa en el léxico: es la cultura del "chunche"². Pero al ver nada más este aspecto, pecamos nuevamente por un enfoque filológico empobrecido. Porque el problema de la expresión oral del costarricense es mucho más agudo. Aparte de lo señalado, está la evidencia cada día mayor de un reduccionismo en el mismo sistema fónico y una pereza de articulación que, en efectos combinados, transforma muchas conversaciones, de por sí ya eminentemente fáticas, en simples intercambios, ya no de palabras, como sí de monosílabos y sonidos con reminiscencia animal: hay un pachuquismo de segundo grado que, en aras de una democratización hacia abajo, se está generalizando. Capítulo aparte merecerían las transmisiones deportivas donde a mayor deformación fónica pareciera que tenemos mejor locutor³.

Dentro de la misma representación escrita de su pensamiento, el costarricense muestra un defectuoso manejo del código de la escritura *en general*, aparte de un deficiente manejo de la ortografía hispana específicamente. Las pruebas al respecto son numerosas en el sentido en que se comprueban, por ejemplo, múltiples interferencias y mezclas de sistemas de escritura y caracteres o tipos de

letras: en los avisos en la calle, en los buses, en cartelones informativos y publicitarios, en vitrinas y dondequiera que se use la comunicación lingüístico-manual, sin la intervención de un corrector, como en libros y diarios, es muy frecuente observar una permanente confusión entre letras mayúsculas y minúsculas, entre tipos manuscritos y "de imprenta", dentro de las mismas palabras. Es frecuente ver interferencias, incluso en los mismos textos universitarios, entre el sistema de letras y el de números; entre numeración según el código norteamericano y según el código hispanohablante; en cuanto al uso del punto o de la coma para separar los decimales de las fracciones y las unidades de mil, del resto.

Claro que en todo lo señalado hay que lograr la corrección del error, dentro de un análisis profundo de sus causas: estas están por encima de la mera distracción aparente. Detrás del descuido "intrascendente" está el reflejo de una dependencia tecnológica y un subsecuente colonialismo mental. La publicidad, a su vez reflejo de la dominación económica, inconscientemente fortalece y explota conscientemente estas deformaciones en un espíritu llamativo: la publicidad nacional está repleta de intencionadas faltas de ortografía, al mismo tiempo que utiliza sistemáticamente la inserción de la comunicación lingüística junto con la no-lingüística (por ejemplo en las mismas marcas "Del Campo" y "Del Trópico") en la construcción de la civilización de la imagen⁴.

3.— La ortografía y la estructuración del mensaje verbal.

El otro aspecto que refleja un uso muy poco definido del lenguaje y del pensamiento —cara y cruz de la misma moneda, como se comprueba— es la muy deficiente estructuración del discurso, en su forma oral. Los mismos locutores, profesionales en el (uso del) lenguaje, por ejemplo, hartamente explotan la fuerza intrínseca de los medios de comunicación social: en los programas de radio y televisión de fabricación nacional, no enlatados, ¿cuántas veces no hemos percibido o intuido una transmisión defectuosa, simplemente por una deficiente estructuración temporal en la lectura!

En nuestro país, sólo los expertos demagogos han podido aprovechar al máximo los recursos de una elemental retórica que consiste en establecer estratégicas pausas entre las frases, los grupos de ideas, las palabras claves. Con aprovechamiento de tonos y ritmos, ellos sí descubrieron y valoraron las simples pausas en la comunicación, no en forma anárquica y por falta de disciplina respiratoria,

sino porque posiblemente en forma intuitiva percibieron que la frase no es la simple decoración gramatical que nos enseñan en la primaria, sino que es la unidad fundamental (en la expresión) del pensamiento. La medida temporal, más o menos amplia en la pausa, le da cuenta al receptor del mensaje de la estructura —o falta de estructura— en el pensamiento del emisor y en el grado de participación del transmisor que lee. Los locutores de las telenoticias, pareciera más de una vez que ni saben lo que están informando. Los “periodistas” deportivos muchas veces esconden la pobreza en la lógica de su construcción de frases, detrás de una verborrea interminable; en una cadena de sonidos cuyo crescendo y de crescendo sólo obedece al ritmo del deporte (entiéndase “fútbol”) comentado. Pero ni al comentarista ni al aficionado en —su— sillón les interesa la lógica del pensamiento, pero sí, la comunicación fática y la “pasión” por el deporte.

En el discurso escrito también es cada vez más frecuente que se pierda la visualización espacial que marca las unidades de expresión verbal, lo mismo que los tiempos de pausa en la transmisión oral: trátase de un mismo defecto o de una misma falta de precisión en la construcción o transmisión del pensamiento. Es curioso comprobar cómo los fanáticos de la ortografía también afslan este aspecto de la estructuración escrita en palabras, separadas por signos de puntuación y espacios en blanco que marcan los párrafos. Un enfoque más semiológico que filológico tradicional evidenciará mejor que estos tres referentes tienen una característica en común, cual es la de ser signos visuales. Pero en lo correctivo, conviene observar que frente a los tres tipos —las palabras aisladas unas de otras, la puntuación y los párrafos— prevalece una misma actitud de indiferencia e incompreensión por parte del “escribidor” costarricense: todos estos signos han sido enseñados y aprendidos como formales lo cual, entre nosotros, quiere decir superficiales, inútiles.

La ausencia de puntuación, tan frecuente, en los “avisos económicos” y hasta en los trabajos académicos de distinguidos colegas, nuevamente aquí se convierte en un indicio de un mal más profundo: falta de lógica en la expresión y, consecuentemente, comprensión con grave pérdida o distorsión de lo comunicado. Los estudiantes se defienden siempre con aquello de que “usted entiende” o “yo (no) quería decir eso” y . . . como principales interesados en mantener la “teoría del pobrecito”⁴, cuentan con que basta una expresión “más o menos” de lo que querían decir, para que

el profesor entienda también con la misma precisión. (De lo contrario el “profe” es de la especie “brava” o tiene exigencias “inhumanas” o es simplemente malo”). Al olvidar intencionalmente que la forma es la estructura del pensamiento, los estudiantes superan hasta la misma mentalidad del “pobrecito” para llegar a lo que llegamos: la cultura del “más o menos”⁵.

A su vez, los profesores escudan su propia deficiencia en que esto no es de su especialidad . . . que eso es de la competencia nada más de maestros de castellano, (no lo dicen así, pero piensan así) que a ellos les importa más el avance de la ciencia y que eso de la correcta expresión es aspecto superfluo o secundario. El círculo vicioso es completo. Además, el apoyo mutuo que se dan de esta manera, inconscientemente, profesores y alumnos desemboca en la pérdida, cada vez más acentuada del concepto mismo de la evaluación . . .

La tecnología, como siempre, al mismo tiempo que ha facilitado enormemente la reproducción de la escritura, también puede ser que haya condicionado de alguna manera la pérdida de preocupación por estos blancos en el texto, verdaderos signos conductores de la lectura-comprensión, al mismo tiempo que son muestra de la escritura-expresión. En efecto, los espacios en blanco, primero por los tipos de puntuación, segundo por diferenciación de palabras o tercero, por sangría al comenzar un párrafo, estos tres tipos, repito, en más de una oportunidad se ven afectados por las exigencias del medio transmisor: el periódico y el libro, la revista, dentro de la amplia gama que ofrece la comunicación social. En aras de la diagramación, el “layout” y la “estética” de la página, con frecuencia se altera el pensamiento escrito del autor. Puede ser que hasta el mismo corrector (si es que existe) haya hipercorregido eliminando guiones entre palabras o partes de palabras porque de lo contrario, estas no cabrían en la línea estandarizada del linotipista. Puede ser que pongan un párrafo donde no deban o que eliminen uno que sí se puso, simplemente porque el espacio entre las líneas, generalmente fijo, se tiene que acomodar a los límites de la diagramación. Son ejemplos que ocurren específicamente en los medios colectivos de reproducción de la escritura individual. Naturalmente, no es la tecnología en sí la culpable, sino su negligente utilización por el hombre.

Pero, como sea, la misma tecnología a nivel de servicios secretariales y hasta en el uso casero puede contribuir a que se diluya aún más la conveniencia de visualizar los párrafos como unidades de escritura y de pensamiento. Las modernas máquinas de escribir, en cuanto son eléctricas, hasta las por-

tátiles, tienen una tecla especial en relación con el cambio de línea o de párrafo. A veces hay dos teclas, una para correr el carro de la máquina automáticamente al margen izquierdo de lo escrito, (signo ) y otro que, aparte de hacer lo anterior, aumenta el espacio inter-líneas, generalmente con el signo . A raíz de esta comodidad vemos que cada vez más las secretarías modernas se olvidan de la llamada "sangría" al iniciar el párrafo, cosa que aparte de revelar poco celo profesional tiende a uniformar todos los escritos bajo un mismo molde.

! Cuán lejos estamos felizmente, de los incunables medievales y de la técnica individual de copia por el cronista! Las técnicas últimas de reproducción, en aras de la economía, nos obligaron a decir adiós a estas verdaderas obras de arte, que constituían cada vez la primera letra de un párrafo o de una página en los manuscritos y en los libros impresos, hasta el siglo pasado.

Si el precio tiene que ser cierta uniformización de los moldes de letras y de formatos de papeles y de técnicas de escritura, por ejemplo, para lectura mecánica y efectos de "computación", vale; pero no por eso hay que disminuir las posibilidades expresivas y la mejor captación de las unidades de pensamiento escrito, en el señalamiento óptico que son los párrafos.

4.- Para una visión pedagógica global del problema de la ortografía.

Hemos recorrido un largo camino que partiendo de una especie de "estado de la cuestión" sobre problemas de ortografía, nos llevó a relacionar éstos con cantidad de asuntos, aparentemente inconexos entre sí y sobre todo pareciera que sin relación con el punto de arranque: así lo vería una filología en sentido académico y tradicional.

Nosotros, en cambio, creemos justamente que el aislacionismo intelectual, en este como en otros problemas, imposibilita un enfoque correctivo adecuado. A nuestro modo de ver habría que visualizar mucho mejor el por qué de las cosas. Se trata de la conveniencia, diría, la necesidad de la ortografía al igual, ni más ni menos, que otras destrezas que nos deberían enseñar en la escuela para permitir una concepción, expresión y conservación correcta del pensamiento.

Partiendo de esta perspectiva, va perdiendo sentido ejercer una conducta preceptiva y represiva, por la cátedra o por los medios de comunicación social sobre la vergüenza moral del maltrato a la bella ortografía. Lo que vulgarmente describe

nuestro pueblo con toda plasticidad: "el frío no está en las cobijas". Hay que atacar el problema de la ortografía por su causa y no como fenómeno aislado de su contexto, a saber nuestra educación y nuestra sociedad. Pero lamentablemente, el sistema educativo nuestro está muy fuertemente condicionado por la realidad socio-económica del país y sublimado ideológicamente por lo que Cerdas y Fernández Lobo identifican como la "teoría del pobrecito"⁶.

En definitiva, el tico escribe mal porque habla "mal" y porque piensa "mal": entendidos estos adjetivos no en un sentido moralizante de la palabra sino con referencia a un uso deficiente en calidad y profundidad.

Nosotros "hablamos" con los demás en forma oral, en forma escrita, a través de nuestra vestimenta, corte de pelo, posición social, manera de caminar, conducir, etc. Ahora bien, si en todos estos aspectos de nuestra expresión se comprueba generalmente un alto grado de deficiencia "formal" es porque les corresponde una falta de precisión en el "fondo" o significado.

Proponemos entonces una visión de la problemática, desde la semiología, por la que se define a la sociedad como un espectro de relaciones signícas, en proceso dialéctico.

5.- Un momento de transición.

El estructuralismo y sus epígonos introdujeron una nueva acepción de palabras tales como "lectura", "texto", "contexto" y "escritura". Trátese cada vez de la consideración de estos términos no tanto como acción o producto en relación con la utilización del alfabeto, sino que más bien, el énfasis está en la valoración de las unidades logradas en un todo que adquiere significación como tal. Un principio básico del estructuralismo es entonces la enseñanza de que un conjunto no es la simple suma de las partes.

Una visión semiológica de estas mismas nociones no sólo mantendrá la relación de conjunto o de sistema entre las partes, sino que recalcará su operatividad como signo. A su vez, el estructuralismo ve el objeto en sí; la semiología observa que este objeto refiere a otra cosa, ya que la semiología desde sus orígenes se postula como una ciencia general, que puede tener aplicación en diversos campos específicos, se valora su aporte supraestructural: quisiera ahora intentar una revaloración de la escritura, en sentido no solo lingüístico, como lo haría el estructuralismo tradicional sino en una dimensión más amplia, con aplicación específica a las formas de la "escritura" artística.

6.— Un nuevo concepto de escritura.

Generalmente se ha considerado como escritura, la acción o el efecto de escribir. Por lo general se piensa inmediatamente en la destreza de poder reproducir combinaciones de letras del alfabeto. La alfabetización formal y exterior, que es a la que se refieren las estadísticas sobre índices de alfabetismo y analfabetismo, conlleva este mismo concepto elemental de "escritura".

Esta primera aproximación se reorientará en dos dimensiones. En primer lugar, la escritura, aparte de la mencionada agilidad manual, implica también la capacidad intelectual de la articulación inherente en unidades significativas y operativas, todo dentro del código idiomático que se esté usando y visto como tal: como sistema en el cual los elementos sólo se justifican en función del conjunto. Entre la definición inicial y la primera concreción hay un mundo: es el mundo que separa una visión superficial de una mirada penetrante.

Saber escribir implica por tanto, un conocimiento y una valoración de un código visto como totalidad: aparte del alfabeto, en la escritura en "español" intervienen además determinadas reglas de separación de unidades, reglas específicas de sintaxis y semántica, todo en un código que exige una percepción-comprensión cada vez más profunda. O sea que al lado de la destreza manual importa la capacidad de interpretación: son dos caras de una misma medalla.

Pero este enfoque, más adecuado y muy necesario de tener en cuenta por cierto, todavía resulta incompleto porque se ve la escritura exclusivamente desde el punto de vista de la lengua, y particularmente desde el abecedario como código reproductor. En realidad, la escritura de una carta, por ejemplo, llega a ser un sustituto o un paralelo de la comunicación oral porque aparte del manejo del alfabeto hay una combinación de múltiples signos no-lingüísticos, como son los tipos de letras, los tipos de subrayados, llaves, la misma puntuación y hasta la disposición en el espacio, (los párrafos) en el tipo de papel, los colores, etc.: todo se convierte en *signo*, y por ende la lectura y escritura tienen que partir de la visión del conjunto dentro del cual el aporte propiamente lingüístico resulta sin duda importante y muchas veces mayoritario, pero rara vez único. Un mensaje publicitario tiene otra "escritura" que una carta amorosa, que la Constitución de la República, que una tira cómica. Asistimos así a una total conversión terminológica de los conceptos de "escritura" y "lectura"⁷. En este sentido, el Diccionario Ideológico de Julio Casares adopta fe-

lizmente una definición semiológica (insistiendo en el valor *sígnico*) y amplia (o sea *no solo* lingüística). Dice así:

Escribir: representar las ideas por medio de signos, y más especialmente representar la lengua hablada por medio de letras o caracteres adecuados.

Creemos que sin menosprecio alguno para la escritura lingüística, es importante visualizar también el creciente volumen de "escrituras" de otra índole, desde la imagen televisiva, hasta la tarjeta perforada, pasando por significación artística. Ahora bien, en la práctica esta nueva acepción semiológica del "escribir" choca con una resistencia cultural que se debe a esquemas mentales que heredamos de Europa.

7.— Escritura y dependencia.

Conlleva una simplificación ideológica sumamente peligrosa, el hablar de escritura, lectura, texto y contexto en sentido abstracto, como entelequias. En la práctica, estos fenómenos de comunicación adquieren su sentido específico inmersos dentro de un mundo complejo de relaciones y fuerzas.

Dice Anderson Imbert que los conquistadores de América traían la cultura europea "en sus barcos y en sus cabezas"⁸. En efecto, los hombres que llegaron al Nuevo Mundo estaban impulsados por las fuerzas espirituales del Renacimiento, al mismo tiempo que muchas concreciones y cantidad de valores obedecían todavía a un marco medieval.

Los americanos heredamos así un esquema de pensamiento esencialmente centrado alrededor del verbo. En *Los cánones cambiantes de la cultura*, Lynn White hace ver cómo la civilización cartesiana era esencialmente racional y logocéntrica⁹. Los pueblos y los pensadores de nuestro continente acogieron como permanente o universal un enfoque que en Europa nació de circunstancias determinadas. Las consecuencias de tal reducción ideológica resultaron múltiples y perceptibles en toda clase de actividades. A continuación, se presenta una serie de ejemplos de nuestro medio que no por su carácter aparentemente intrascendente o inconexo dejan de constituir un conjunto de indicios en el sentido que apuntamos:

- 1) Entre nosotros, se considera únicamente como "escritores", a los que producen textos literarios. Los escritores tienen un papel destacado en la Academia de la Lengua porque, como lo

- señala Manuel Seco, la norma que allí prevalece es la lengua culta escrita, de la que ellos son guardianes¹⁰.
- 2) En la cultura prevalece un énfasis en su componente lingüístico: el Instituto de Cultura Hispánica tiene una programación y unos objetivos que redundan básicamente en nueva muestra de reducción de *cultura* asimilada con lengua hispánica.
 - 3) Un uso determinado del lenguaje señala campos semánticos distintos en vez de complementarios: Joaquín Gutiérrez es un escritor y como tal es artista; Francisco Amighetti es solo un artista.
 - 4) *Káñina* es la "Revista de Artes y Letras" de la Universidad de Costa Rica. Las letras reciben consideración aparte dentro o casi al lado de las artes.
 - 5) Hasta hace poco, el único artista que tenía derecho a una formación y un título universitario era el artista del verbo. Los demás aprendían lo suyo en academias o a lo sumo recibían el calificativo socialmente connotado de artesano.

Por las mismas razones históricas, entre las artes, las de la palabra, esencialmente en su versión escrita, han gozado de cierta situación de privilegio; a consecuencia de lo anterior, la crítica artística ha manifestado una tendencia a recurrir preferentemente a los avances y al modelo que ofrece la lingüística. El caso más evidente es el de la secular confusión ideológica entre literatura dramática y teatro, por lo que lo primero era solamente un género *dentro* de las letras, al lado de la poesía y la novela¹¹. En definitiva, en todos estos ejemplos, se notó cómo la lengua y la literatura adquieren cierta situación de privilegio o de consideración aparte, puestas en relación con otras expresiones del saber y hacer humanos: es la herencia logocéntrica a que nos dejó la colonización económica y educativa en general.

8.- Nuevas formas de escritura artística

No es este el lugar para definir el concepto de arte y el de literatura, caso aplicado de arte de y con las letras. Lo que importa aquí es que en todas las sociedades hay mecanismos que hacen que solo *cierto tipo* de escritura sea considerado como artístico. Siempre hay una codificación superior a la del objeto arte que hace que este merezca el calificativo de tal. Pero no solo eso. Los códigos sociales y económicos además de definir si algo es arte o no, también consagran qué tipo de arte es y qué

valor tiene. El "texto" artístico lo es por determinado contexto¹². Un ejemplo en este sentido: para nosotros, el *canto general* es una escritura específica que sólo se abre a una lectura del mismo tipo, por la presencia del hablante lírico. El resultado es un texto determinado que adquiere su valor como tal en el contexto de la producción poética de Neruda. A su vez es el contexto latinoamericano, en el cual se inserta esta producción del poeta, el que, libremente, le puede dar el calificativo de genial, sin esperar el veredicto de la metrópoli occidental¹³. Observamos así, el nexo que existe entre el concepto de escritura, mantenido todavía en su dimensión lingüística, y la problemática de la búsqueda americanista: existe el peligro de seguir juzgando también dentro de patrones importados.

Ahora bien, la semiología, ciencia del signo en general, nos obliga a romper el molde únicamente lingüístico de la escritura artística. Conviene urgentemente re-interpretar y volver a enseñar toda una serie de términos específicos que, como vimos, surgieron y se acuñaron con una connotación logocéntrica. Me refiero justamente y entre otros, a los binomios de lectura-escritura y texto y contexto. Es revolucionaria, en este sentido, la tesis adoptada por Talens:

El arte es un lenguaje específico, diferente e irreductible al tipo de lenguaje que conocemos como lengua natural. En consecuencia, el funcionamiento del arte es semiótico y no lingüístico¹⁴.

En cuanto a la escritura artística, específicamente teatral, esto tiene hondas consecuencias. El hecho teatral es valorado como una manifestación signífica independiente, eventualmente con utilización de formas de escritura (oral y escrita) lingüística, pero básicamente un conjunto de signos que adquiere su valor y su significado enfocando *todos* los elementos que en conjunto lo constituyen.

En una evolución paralela resulta que en revistas y universidades del mundo anglosajón se perfila una agrupación nueva de las artes sobre base semiológica, sin superioridad frente a inferioridad, con solo la tipología de signos que intervienen: los "performing arts" son una serie de artes que tienen en común lo que señala el verbo "to perform" en inglés, a saber, la representación, con sus características básicas de lo visual y lo colectivo y con sus facetas de lo teatral, lo cinematográfico, lo dancístico y ciertas manifestaciones musicales. En español esto equivaldría a las artes del espectáculo¹⁵.

Lo que se perfila a nivel teatral también se comprueba en otras formas de expresión o escritura artística: el citado Lynn White muestra cómo hay un cambio progresivo pero notorio de la civilización occidental hacia una dimensión universal, evolución en la cual la racionalidad y el lenguaje, sin perder importancia en sí se insertan *al lado* de lo inconsciente y el mundo de los símbolos.

Como consecuencia de lo anterior, asistimos hoy en día a tendencias que tratan de romper el

divorcio secular entre las "Bellas Artes" y las "Letras", entre las artes "manuales" del escultor o el pintor y el "intelectual", licenciado además, que se especializó en las letras. Resulta que en la práctica, y gracias a un enfoque semiológico global de la cultura, todos se van apreciando como trabajadores de la cultura, especializados en teoría y práctica, cada uno con su tipo de escritura artística en un espectro de posibilidades sin jerarquía interna porque todos "escriben" y "dicen", o sea, significan, sólo que a su manera¹⁶

NOTAS

- 1 Pellegrini, Aldo, *Para contribuir a la confusión general*, Buenos Aires, Ediciones Nueva Visión, 1965, p.7.
- 2 Entre varios autores que abordaron el tema de la pobreza idiomática del costarricense citaría a los siguientes: —Naranjo, Carmen: *Cinco temas en busca de un pensador*. San José Costa Rica, Ediciones del Ministerio de Cultura, 1978. La autora parte de diversas expresiones típicas de aquí, como el "ahí vamos" y el "idiay" para destilar, a partir de allí, profundas reflexiones filosóficas acerca de nuestra manera de ser.
—Benavides, Enrique: *El lenguaje costarricense*, *La Nación*, San José, Costa Rica, 28 de mayo de 1975. El breve artículo sostiene que el lenguaje "se masifica y se vulgariza".
—Cañas, Alberto, *Uso y práctica del còuncbe*, reproducido en la Antología de "Comunicación y Lenguaje", de la Cátedra de Castellano, Universidad de Costa Rica" Editorial Universitaria, 2a. ed., 1980, p. 92-97. El artículo es importante porque aborda en raíces históricas de nuestro hablar empobrecido, de tal manera que esto llegue a determinar una vivencia también peculiar de la democracia.
- 3 Una llamada de atención sobre el problema, al mismo tiempo que una buena muestra, se encuentra en PAEZ MONTALBAN, *Tratemos de hablar mejor*, *La República*, San José, Costa Rica, 6 de junio de 1978, p.9.
- 4 Un buen estudio en este sentido lo ofrece BLOCK de BEHAR, *El lenguaje de la publicidad*, Buenos Aires, Siglo XXI, 1978.
- 5 La expresión es del Dr. Rodolfo Cerdas, en un artículo en *La Nación*, San José de Costa Rica, 17 de enero de 1980, p.15A.
- 6 A propósito de la pérdida de la conciencia en cuanto a la necesidad de puntuación, recuerdo la siguiente triste anécdota en mi docencia universitaria. Interrogué a una alumna acerca del por qué de tantos puntos en su hoja de examen, hasta en medio de palabras y sílabas. Ella —bien vestida y coqueta— me contestó simplemente: "No, profesor, no son puntos, era cuando descansaba el lápiz . . ."
- 7 Ver al respecto, por ejemplo, el artículo de Mario Romero Zúñiga: *¿En verdad sabemos leer?* *Revista Comunicación*, ITCR, No.5, 1980, p.23-24.
- 8 Anderson Imbert, E., *Historia de la literatura hispanoamericana*, Fondo de Cultura Económica, México, 2a. ed., 1970, p. 17.
- 9 White, L. y otros, *Fronteras del conocimiento*, Eudeba, Buenos Aires, 1963, p. 305-320.
- 10 Seco, M. *El hablante ante la lengua*, en *Comunicación y lenguaje*, Editorial Universitaria, Costa Rica, 2a. edición, 1980.
- 11 Así aparece en tratados que influyeron por generaciones, como en los manuales de Wolfgang Kayser (*Interpretación y análisis de la obra literaria*). Víctor Manuel de Aguiar e Silva (*Teoría de la literatura*) y Wellek y Warren (*Teoría literaria*). En la Biblioteca de la Universidad de Costa Rica, a su vez regida por normas internacionales de clasificación, la materia "teatro" aparece como subdivisión dentro de las literaturas nacionales.
- 12 Ver, al respecto, Rossi-Landi, F., *Semiótica y estética*, Nueva Visión, Buenos Aires, 1967.
- 13 Benedetti, M. *El escritor y la crítica en el contexto del subdesarrollo*, Casa de las Américas No.107, marzo-abril 1978, p. 3-21.
- 14 Talens, J. y otros, *Elementos para una semiótica del texto artístico*, Ed. Cátedra, Madrid, 1978, p. 18.
- 15 La Revista *Escena del Teatro Universitario* de la Universidad de Costa Rica, pretende ser una revista que dé cabida a las diversas artes del espectáculo.
- 16 Ver también en García Canclini, Néstor, *Arte popular y sociedad en América Latina*, Grijalbo, México, 1977.